

Dicen que los muertos nos hablan en los sueños

They say that the dead do not speak

Eva Berenice Ramírez Velasco

Universidad Autónoma de Puebla, México

Pasante de Licenciatura en Historia

bramrez35@yahoo.com

Cuando salí de la Escuela de Artes y Oficios percibí un ambiente extraño, como el de esos días cuando circulaba el rumor de que una columna de zapatistas se acercaba o de aquellos cuando se avisaba sobre la muerte de alguien, sea a causa de una enfermedad o por alguna riña afuera de las pulquerías. Cuando pasé a la oficina para avisar que ya me dirigía a la cárcel de San Juan de Dios, observé que el licenciado se estaba despidiendo de un gendarme. No escuché que decían, pero a través de un resquicio de la puerta, me di cuenta de su expresión de asombro y diversión, la cual se acompañó con una palmada en el hombro del oficial. Cuando me acerqué, éste cambió su afabilidad a una actitud seria e intimidante. No le gustaba hablarme porque sabía que era el encargado de blanquear las paredes de los cuartos en donde estaban los enfermos y los muertos. Esta tarea no me gustaba y me generaban angustia, pese a que me habían explicado que eran labores necesarias para la higiene y buena presentación de los establecimientos de beneficencia. Sin embargo, tenía la impresión de que algo se quedaba, aunque no sabía qué era. Me desesperaba el hecho de no entender con qué trataba o cómo podría atacarme. El doctor Patiño compartía ese temor. Siempre andaba hablando de entes invisibles y flotantes a los que llamaba miasmas, aunque también le escuché decir en cierta ocasión que eran gérmenes, pero yo tenía otras creencias de las que prefería no hablar mucho para no ser catalogado de imaginativo. Aun así, en ocasiones, al regresar a mi cuarto, me dejaba golpear por las ramas del pirul de la huerta para que ahí se quedaran atorados los malos espíritus y no tuviera ningún tipo de dolencia.

Mientras realizaba las tareas de limpieza, me la pasaba refunfuñando para mis adentros porque debía soportar la mezcla de olores nauseabundos, polvo y humo que producía la basura y las inmundicias que se acumulaban en las esquinas del edificio, mismas que las carretillas que mandaba el Ayuntamiento no se daban abasto para quitar.



Aunque estaba acostumbrado a los malos olores, percibí algo distinto, más intenso. Me pregunté si habrían llegado más heridos y decidí ir al mercado La Victoria para ver si encontraba a mi amigo Cruz. Como se la pasaba boleando a tantos catrines, seguro ya habría escuchado sobre los acontecimientos más recientes. Como todavía no eran las 11 de la mañana, supuse que debía estar en una de las esquinas de la iglesia de Santo Domingo, pues desde hacía unos meses tanto él como las vendedoras de comida se movían constantemente, como si jugaran a las sillas, cuando veían aparecer a algún policía. Como el Ayuntamiento los culpaba de vender alimentos contaminados y de dar una mala imagen al instalarse en la calle, tanto él como las vendedoras se habían convertido en prófugos de la banqueta, errantes por la ciudad.

—Se venden más los rumores que los diarios—me dijo, pero en resumidas cuentas me contó que nuevamente había ocurrido una fuga en el hospital de dementes de San Roque. Un mozo le contó que las obras de albañilería inconclusas habían ocasionado que la portera no pudiera cumplir con su labor de vigilancia.

En tono burlón, Cruz me comentó —ándate con cuidado no te vaya a salir la enfermita—, pero ignoré sus palabras e intrigado me puse a reflexionar si una caída desde las alturas del hospital no habría llamado la atención. Mis cavilaciones concluyeron de improviso cuando sentí un violento empujón. Irritado busqué a mi agresor y descubrí que era una mujer que no había reparado en el bulto que obstruía su escape. Antes de llegar a la esquina se volteó y caí en la cuenta de quién era, por lo que la traté de detener y ella me comenzó a decir

— ¡Suéltame! Regresaré cuando me despida. ¡Qué me deje! —

Entonces escuché que la llamaban por su nombre: ¡Inés, Inés, detente!

Ella me miró con desprecio y sus cejas gruesas acentuaron su repulsión hacia mí, al tiempo que se jaloneaba y trataba de morderme o de pellizcarme para que la soltara. Estaba pálida. Ella era pequeña y muy delgada. No podía actuar con rudeza para inmovilizarla, pues parecía que levitaba a causa de su fragilidad. En ese momento vi mi imagen reflejada en sus ojos y sentí un miedo tan intenso que parecía prolongarse hasta el infinito. Estaba como hipnotizado ante unos ojos que parecían suplicarme. Sus pupilas aparentaban un par de espejos negros, aquellos de los que hablaban los abuelos. Dudaba si debía soltar su brazo y al mismo tiempo, temía que en un momento me incendiara esa



mirada y que, como un cuchillo de obsidiana, rebanara mi templanza. Se suponía que debía tenerle miedo, no en vano era el alboroto de aquella mañana. Le supliqué que se detuviera mientras llegaban las personas que la perseguían. Eran dos hombres, uno vestido de forma elegante y un policía, y una señorita de vestido claro que corría con dificultad por los zapatos que usaba.

En ese momento, Inés comenzó a gritar:

—¡Debo llegar a la estación, ya va a partir el ferrocarril! ¡Déjeme, voy tarde! — de pronto sus gritos se volvieron suplicas ahogadas en sollozos. La solté con suavidad para que no se angustiara más. Ese momento fue aprovechado por los dos hombres para envolverla en una manta extraña, no sin dificultad pues aún tenía bríos para pelear.

El hombre elegante le decía:

— ¡Mira nomás el alboroto que hiciste! ¡Ay, Dios! Y ese raspón... ¡Ya! ¡Deja de moverte! —

La mujer intervino para explicarle:

—Ayer vino a verme, me dijo que me esperaba porque quería ir a despedirse de Sarita y con desesperación, varias veces me gritó “¡Solo déjame que me despida!” Yo le contesté que ella ya descansaba y que tenía que reponerse.

Escuché este diálogo mientras se acercaban al automóvil en el que la iban a transportar. De pronto, la enferma me gritó que le dijera a la niña del lunar en la ceja que ya iba en camino. Quizá por prevención, pero sin reprenderme, el hombre elegante me miró primero con seriedad y luego con condescendencia.

—No hay que darles cuerda a las ideas erradas. Gracias joven—se despidió y subió al auto.

Consciente de mi ociosidad y no bien recuperado de la sorpresa, me di cuenta de que había llegado a mi destino. En mi ausencia, colgaron una bandera roja en una de las ventanas que, al igual que otras, estaba abierta de par en par. Esta acción era necesaria, pues no se quería que la enfermedad se extendiera en el interior, lo cual podría ocasionar que la cárcel se convirtiera en un polvorín de muerte. Me imaginaba que una epidemia



amenazaba a la ciudad y que pronto las calles se convertirían en un andador de banderas carmesí.

Antes de realizar el blanqueado de las paredes, y por recomendación del Doctor Patiño, comía bastante, aunque la ración había disminuido en los últimos días, debido a la escasez de víveres y su mala calidad. Conforme me acercaba a la celda, sentí que el estómago se me revolvía. Me detuve un segundo a contemplarla y le encontré cierta similitud con un sepulcro. Ingresé a la celda con miedo de que me saltara una alimaña de la oscuridad. Mi nerviosismo aumentó después de que el guardia, quien se encontraba afuera de la celda, con malicia me dijo:

— Este se llamaba Sebastián. Ya en sus últimos momentos hablaba sin que se le entendiera, de repente comenzó a temblar como si fuera a vomitar, pero luego se quedó inmóvil y ya no se movió. Lo envolvimos en un patente y la bajaron con una parihuela. Con cada sacudida se iba destapando. Sólo el inspector se encargó de llevarlo al panteón. Nadie lo reclamó. Le pido que guarde silencio sobre este asunto. Resulta difícil que una celda se ocupe cuando la gente se entera de que alguien murió ahí. Después de lo que han hecho muchos de ellos y aun así les entra los collones, pero en algún momento les tocara su juicio. Allá afuera por lo menos pueden correr o pelear con cualquier cosa que probablemente los mate, pero aquí les asusta no poder moverse y no poder hablar— mientras hablaba el hombre se distraía sobre algo invisible que en algunos momentos se posaba sobre mi pues al sentir su mirada y voltear aún se detenía unos segundos sobre ese punto— me acordé de algo. Dicen que una vez llegó al panteón un cataléptico que de puro milagro no enterraron vivo, pero le estaba contando que el reo llegó por un homicidio durante una riña en la que murió su compadre. Empezó con una calentura, una tos de perro y luego el exantema. Hablaba mientras dormía, al parecer con su compadre, le pedía perdón por dejarlo morir, pero le decía que ya lo había pagado y le suplicaba que no se lo llevara. Estaba apanicado, se rascaba las manchas como si quisiera arrancarse el cacho, pero ya no le quedaban muchas fuerzas. Le tenía más miedo a la ambulancia que al paredón, pero ni una ni otra cosa pasó.

Escuchar ese relato ocasionó que me dieran ganas de rascarme, por lo que me apuré a terminar para continuar con las siguientes celdas, y así regresar a mi casa antes de que oscureciera. Todavía pensé en caminar a la estación para satisfacer mi curiosidad sobre lo que había pasado con la mujer, pero desistí por encontrarse lejos. Caminé en



dirección a Xonaca y llegué sofocado a causa del pañuelo que usaba para mitigar el mal olor, pues en el cercano río se mezclaban los desechos de la cañería abierta con el agua sulfurosa que venía del poniente. A lo lejos me pareció observar a alguien que arrojaba un bulto al río para luego darse la vuelta y seguir como si nada hubiera pasado. Era la misma indiferencia que fingía un salteador al abandonar el cadáver de su víctima. Tanto el asesinato como arrojar basura al río eran delitos, no en balde se emitió la alerta sanitaria.

Llegué a mi casa, me desvestí y me recosté sobre el catre. Comencé a divagar sobre algo que me contaba mi mamá, pues ella afirmaba que los difuntos nos hablaban en sueños y a veces nos avisaban sobre la futura muerte de alguien. Así me pasó cuando murió mi padrino Santos. Aquella ocasión soñé que estábamos piscando, pues la cosecha había sido basta y colorida —qué bonita esta la cereza, te tocará tostarla—me decía satisfecho, pero no pude cumplir con su encargo pues una plaga mató el cafetal y el resto de nuestros cultivos. El clima político contribuyó a que se nos acabaran los ingresos y que padeciéramos hambre. Unos días después fui al panteón y encendí una vela. Le pedí perdón y su bendición porque me iba a la ciudad. El tío Ignacio me haría el favor de entregarle el dinero que le enviaría a mi madrina para sus gastos. Sin embargo, en estos días no sobraba el dinero y mi tío ya ni siquiera venía.

— “Cuando mejore la cosa iré a verlos” —, solía pensar para calmar mi culpa.

Las siguientes noches no fueron apacibles, pues algo rondaba en mi conciencia y no me dejaba dormir con placidez. Me empecé a visualizar en la estación del tren, pero sin la certeza de a dónde iba, aunque imaginé que a Teziutlán. Mientras esperaba buscaba con la mirada a alguien, pero solo veía las siluetas de los demás viajeros y las vendedoras que se movían sin mostrarme su rostro. Me acercaba a las mujeres y preguntaba si habían visto a una niña con un lunar en la cara, pero no me quedaba claro que contestaban o si llegué a hablar con la niña. Aunque quería decir algo más, no podía hacerlo y me desesperaba que las palabras no salieran de mi boca. Era esa sensación que se tiene cuando estás soñando y quieres gritar, pero no puedes. “Malditas pesadillas”, pensé.

Una semana después se declaró la epidemia de tifo, justo antes de Todos Santos. “Papá murió en estos días”, recordé. “Mi madrina decía que su esposo vino acompañar a mi padre en su camino al más allá”. Aunque mi familia lo creía firmemente, yo lo consideraba simples supersticiones. Cuando el doctor Patiño me ordenó que fuera al hospital de San Roque a blanquear algunas paredes, sentí un escalofrío recorrer mi



espalda, pero después me envalentoné, y salí resuelto a cumplir con lo que se me pidió. Conforme me acercaba a la iglesia de San Roque, podía distinguir en lo alto de la fachada la imagen del santo que levantaba su túnica para mostrar su pierna lacerada. Su mirada apacible, que parecía una invitación a aceptar lo inminente, contrastaba con la bandera roja que ondeaba con violencia en una ventana cercana. Pensé que encontraría llena la iglesia de devotos que pedían la intervención del santo para no contagiarse de tifo, pero casi no había nadie lo que se podía explicar por el anticlericalismo del gobierno carrancista o por la misma desidia de los fieles que estaban más preocupados por otras cosas, como encontrar alimentos ante el desabasto que se vivía. Aunque también consideré que la falta de feligreses era consecuencia del mal olor que desprendía una cañería que desaguaba en la calle y que dejaba a su paso pedazos de suciedad antes de unirse al río que corría unas calles abajo. Ni siquiera el aire gélido tenía la fuerza suficiente para disipar la hediondez.

Tras tocar la campana, acudió una mujer chaparra y robusta que enseguida me permitió pasar. Aunque no percibía de qué dirección venía el ruido, escuchaba un gran alboroto causado por las pacientes, las que debían estar almorzando. Sin duda llegué en el momento ideal para realizar la tarea sin llamar la atención. La plática de Guadalupe, que así se llamaba la portera, hizo más ameno mi tránsito. El edificio mostraba algunas deficiencias. Por ejemplo, un techo se había derrumbado y faltaba poner unas herrerías en los arcos del segundo piso. La habitación a la que me condujo estaba ligeramente iluminada, pues el sol de otoño entraba por una ventana estrecha, lo cual impedía que salieran los vapores acumulados en su interior. Los muebles daban cuenta que era un cuarto de pensionista. Pese a que me sentí menos incómodo que en las celdas que siempre pintaba, con cierto asco empujé un buró para empezar a raspar. Para mi sorpresa, cayó un objeto tan delgado que impulsivamente me dispuse a pisarlo, pero la curiosidad me detuvo y levanté la fotografía con un trapo. Un —¡No toque! — me hizo estremecerme más que el hecho de conocer a la mujer que sonriente abrazaba a una pequeña en aquella imagen. Era la portera que enseguida añadió:

—Luego me regañan si las cosas se maltratan, la rectora me trae en salsa porque la nombró el gobernador— Y luego agregó— ¡Deje ahí, no se le vaya a pegar algo!

Sin quitar la mirada de la fotografía, le pregunté:

—¿Vendrán por sus cosas o las quemarán?



Guadalupe respondió con indignación:

—El marido hace mucho que no viene y cuando lo hace no hablan de nada—

No tuve que esforzarme para que continuara su monólogo.

— Que Dios me perdone, pero ojalá que no salga de esta. Ha sufrido mucho y se fue contenta. Me dijo que, si la libraba, se iba a escapar del hospital general. ¡No se ría! nos ha pasado, pero luego la dirección de Beneficencia desiste en averiguar qué sucedió y no nos las regresan.

La simpatía de la portera me distrajo de lo ingrato de mi visita y le pregunté por qué pensaba así.

—Ella soñaba mucho, llegó aquí hace unos 10 años. Su esposo y ella eran comerciantes de Orizaba. Venían a Puebla para surtirse de telas, pero un día se puso mala del estómago y se quedó con su hermana. Su esposo y su hija se adelantaron, pero llegando a allá la niña empezó con tos, asumieron que había sido el cambio de clima. La señora Inés se enteró por telegrama y apenas estuvo repuesta, compró su boleto para viajar, pero cuando llegó a su casa vio que ya estaban envolviendo a su hija.

—¿Ella tenía un lunar en la cara? —se me salió decirle y a la respuesta de “¿A usted quien le dijo eso?” le expliqué brevemente que me la encontré en la calle.

—Chiquito el mundo. Si supiera que regañada me pusieron. Antes no se mató, a veces no sé si eso quería, ya se había brincado varias veces, pero vea, nomás no nos terminan de alzar ese muro. No creo que tuviera un lunar. No se le observa nada, aunque luego retocan las fotos. Dicen que no la dejaron acercarse a su hija. Solo alcanzó a verla de perfil. Lo que me contaron es que le salieron unas manchitas. No son tiempos para que una mujer ande sola por la calle e Inés se salía sola en la noche. Soñaba con su hija y que le preguntaba cuando iría a verla. Despertaba medio consciente de que no podía ser verdad y pedía que la llevaran al panteón para comprobar que su hija estaba ahí. Hace unos dos días avisamos que se puso mala pero no nos hicieron caso. Le estuvimos tratando de bajar la fiebre, pero fue inútil. Entre delirios se despidió de mí.

Le pregunté

—¿no hay un manicomio en Orizaba?



—Pues sí, pero supongo que éste era más grande y el de México está muy lejos. ¡Ya apúrese, que van a sacar a las enfermas al patio!

Tardé un poco más y salí con la mayor discreción. Mientras atravesaba la calle, pensaba en algunas historias que me habían contado sobre moribundos que veían un río y que en la otra orilla alguien los esperaba. Al llegar a mi casa, encendí una vela por quien sabe quién y me preparé para dormir. Sabía que en la mañana tendría que bañarme, pues el Doctor Patiño insistía que con eso y gasolina se mataban los piojos.

Fin